

autores? Aludiendo á ciertos rumores propalados, los individuos de la Comisión permanente llevaron aun más allá sus investigaciones. ¿Era cierto que el 62.º de línea, que había recibido ya la orden de salir de París, era mantenido en esta residencia á causa de su celo ostensivo por la persona del príncipe? ¿Era cierto que Luis Napoleón había distribuído dinero en los cuarteles? En presencia de estas múltiples preguntas, el general Hautpoul no se había desconcertado. Las distribuciones de vino, contestó, son reglamentarias en los días de fiesta, de toma de armas ó de maniobras. Las distribuciones hechas á expensas del presidente son un simple obsequio al ejército, no un medio de sobornarlo: el cebo, además, sería muy grosero. Habíanse dado gritos, á la verdad, pero muy raros, aislados, sin provocación. Luis Napoleón había distribuído varias veces en los cuarteles pequeñas cantidades, que no excedían de cincuenta céntimos por hombre, pero la costumbre de los oficiales generales autorizaba aquella generosidad. En cuanto al 62.º de línea, era cierto que se había dado una orden, pero esta orden había sido revocada: si se dejaba al regimiento en París, era menos por su afecto al jefe del Estado que por sus servicios prestados en junio de 1849. La Comisión había escuchado con una benevolencia algo incrédula estas explicaciones. Un altercado entre el ministro y el general Changarnier, en el curso mismo de la sesión, reveló cuán grande era la tensión de los espíritus. Habiendo afirmado el ministro que era imposible impedir los gritos sobre las armas, y habiendo tomado por testigo de su afirmación al comandante en jefe del ejército de París, éste contestó con mucha autoridad: «Se impedirán los gritos cuando se quiera. Las aclamaciones, no sólo han sido estimuladas, sino provocadas; y lo han sido á pesar de mi consejo. Si no he tomado medidas de represión, es porque me hallaba cubierto por el ministro de la Guerra y por el presidente de la República.» Estas altivas palabras de Changarnier causaron viva emoción. El general Hautpoul negóse á redactar una orden del día para recomendar el silencio á las tropas. La Comisión permanente levantó la sesión, manifestando la esperanza de que, en la próxima revista anunciada para el 10, las manifestaciones precedentes no se renovarían (1).

Se ha visto como tales esperanzas resultaron fallidas. El día siguiente á la revista de Satory, los miembros de la Comisión permanente acudieron temprano al Palacio Borbón. Siete de ellos habían asistido al desfile é hicieron una reseña detallada de lo ocurrido. El ministro de la Guerra, que iba á caballo al lado del presidente, lo había visto y tolerado todo. Decíase que las aclamaciones no habían sido prohibidas ni prescritas; que se habían limitado á manifestar á los jefes de cuerpo que Luis Napoleón agradecería las pruebas de simpatía del ejército: de ahí el silencio de unos y el celo interesado del mayor número. Nadie dejaba de comprender que tales hechos eran graves, contrarios á la disciplina y amenazadores sobre todo para el porvenir. Al tratarse de las medidas que convenía tomar, empezaron los apuros. El peligro no parecía bastante inminente para que se con-

(1) *Actas de las sesiones de la Comisión permanente*; sesión de 7 de octubre de 1850.

vocase á la Asamblea; pero, descartada esta medida, ¿qué convenía resolver? Unos querían una declaración, otros una orden del día motivada: los más animados llegaron á pedir el procesamiento de los oficiales que habían dado los gritos sediciosos. Uno de los individuos de la Comisión, y no el menos inteligente, procuró calmar aquel ardor. «La situación, dijo, alarma más que al país: seamos previsores, pero esperemos: con el pretexto de oponernos á un golpe de Estado, no empeemos por hacer uno. ¡Desgraciado del que provoque el conflicto!» La Comisión permanente, cuya malevolencia no cesaba de ser denunciada por la prensa bonapartista, escuchó estos consejos de moderación y contuvo la irritación de su ánimo, limitándose á hacer constar en acta su desaprobación: y todavía el acta de la sesión no estaba destinada á la publicidad. No podía hacerse menos sin abdicar del todo (2).

Esta reserva era tanto más meritoria, cuanto que la actividad del partido bonapartista se revelaba entonces de un modo muy visible.

Poco antes se había formado una sociedad con el nombre de *Sociedad del Diez de Diciembre*. En las esferas oficiales daban á entender que sólo se trataba de una sociedad de beneficencia y de socorros mutuos. Pero todo desmentía esta aserción. El título de la sociedad indicaba ya su espíritu. Presidíala el general Piat, uno de los amigos del príncipe. Según sus estatutos, tenía por objeto la *concentración del gran partido napoleónico*, y contaba, en el departamento del Sena, ocho ó diez mil socios. Reclutábase principalmente entre tenderos, pequeños rentistas y obreros, á los cuales no cesaban de repetir que la Asamblea era el obstáculo para el bienestar, que había que poner término á las *charlas parlamentarias*, y que una vez que Napoleón fuese el amo, Francia volvería á ser próspera, rica y gloriosa. De la masa de aquellas pobres gentes pacíficas, honradas é ilusas, se destacaba un pequeño grupo de hombres ambiciosos, intrigantes, de mala reputación, animados de un celo insolente y revoltoso. El prefecto de policía, que los conocía bien, tenía miedo de aquellos peligrosos auxiliares, y lejos de sostenerlos, los denunciaba; pero encontraban ayuda y protección valiosas. Al regreso del presidente de su viaje al Este, aquellos comprometedores aliados, en busca siempre de manifestaciones, habían ido en grupos á la estación de Estrasburgo, organizado en honor del príncipe una especie de ovación y maltratado á los que no habían querido unirse á ella. Los desórdenes habían sido negados ó contestados. Pero cuando Luis Napoleón volvió de su viaje á Caén y á Cherburgo, las mismas escenas se reprodujeron, con más gravedad en las inmediaciones de la estación del Havre. Algunos transeuntes inofensivos fueron maltratados y gravemente heridos. El escándalo fué tan grave que la autoridad judicial instruyó un sumario. La Comisión permanente interpelló sobre ello al ministro del Interior, quien se limitó á contestar que la *Sociedad del Diez de Diciembre* no ofrecía ningún peligro, y que nada revelaba su carácter político. De tal modo seguros de una tolerancia rayana del favor, poco inquietos por una instrucción judicial

(2) *Actas de las sesiones de la Comisión permanente*; sesiones de 12 y 13 de octubre de 1850.

que sin duda no descubriría nada (1), los socios se mostraban cada vez más osados en sus designios, y, so pretexto de orden, hacían alarde de su turbulenta audacia en París.

Con los aventureros de la calle se mezclaron los aventureros del periodismo. Un ex prefecto, el Sr. Romieu, muy conocido, aunque no como escritor, acababa de publicar *La era de los Césares*, brutal apología de la dictadura militar. Los periódicos del Elíseo aumentaban en fuerza y en crédito; se toleraba, según decían, su introducción en los cuarteles (2). Estos periódicos variaban hábilmente su lenguaje. Unas veces procuraban reanimar en el corazón del soldado el recuerdo de la derrota y del desarme del 24 de febrero. Otras veces, haciendo alusión á los peligros del porvenir, explotaban el sentimiento del miedo, ese sentimiento tan poderoso en el alma de la burguesía. Ora afectaban una profundidad mística y desarrollaban con gravedad no sé qué teoría del despotismo; ora se limitaban á burlarse sin piedad del régimen parlamentario, y en esto tenían la seguridad de ser escuchados, pues los franceses se cansan más pronto de la palabra que del silencio. Tristeza causa decirlo: al hablar mal de la Asamblea, se tenía la doble ventaja de dar gusto á la mayor parte de los conservadores y de no disgustar á la mayoría de los demócratas. El *Monitor*, el grave *Monitor*, cédia de vez en cuando á esta tentación fácil y llegaba á reproducir en sus columnas artículos del *Constitucional*, muy acerbos contra el Parlamento.

En medio de aquel conflicto creciente, la opinión se fijaba sobre todo en el general Changarnier.

Como Bedeau, Cavaignac y Lamoricière, Changarnier había pasado sin transición de los campos de batalla de Argel á la arena de la política. En la historia de nuestras discordias civiles, su nombre apareció por vez primera el 16 de abril de 1848, día en que sus sensatas disposiciones aseguraron el triunfo del orden. Después de su elección para la presidencia, Luis Bonaparte le confirió el doble mando de las guardias nacionales del Sena y de las tropas de la primera división militar. Aquel inmenso poder hacía de él el jefe real de la fuerza armada, y, en caso de lucha entre el Palacio Borbón y el Elíseo, estaba seguro de llevar la victoria al campo por el cual se decidiese. Este papel de árbitro gustó á su natural un poco presuntuoso. Cuidó mucho de cumplir con los deberes de su cargo, atento á asegurar la paz de la calle y á desconcertar los proyectos anárquicos. Sus medidas previsoras eran tan vigilantes y atrevidas que á veces parecían provocaciones. El 29 de enero de 1849, adelantóse á la insurrección; el 13 de junio, la dispersó sin combate. Fuera de sus funciones, afectaba reserva, guardaba silencio en el Parlamento y evitaba comprometerse con ningún partido. Notóse, sin embargo, su frialdad desdeñosa con la Asamblea constituyente y su deferencia con la Asamblea legislativa. Ciertos periódicos, hablando del general, le llamaban el *Esfinge*, por lo bien que guardaba el secreto de sus predilecciones. Pero aquella actitud de imparcialidad altiva no podía prolongarse. En presencia de las crecientes ambiciones del presidente, era

(1) La causa sobreseyóse, en efecto.

(2) *Actas de la Comisión permanente*; sesión de 12 de octubre de 1850.

necesario que el jefe del ejército de París se diese como cómplice ó se afirmase como rival. En una carta firmada en el destierro, Changarnier refirió más tarde que Luis Napoleón, para encadenarlo á su fortuna, había hecho brillar varias veces á sus ojos la dignidad de mariscal, y hasta quizá más alta recompensa (3). Aun suponiendo las ilusiones que podía hacerse aquella alma vanidosa, es seguro que el príncipe debió fijar en muy alto precio la adquisición de semejante aliado. Pero el general hacía poco caso de Luis Napoleón, mientras que, por el contrario, no se mostraba insensible á las insinuaciones de los jefes de la mayoría; además se consideraba muy encumbrado para favorecer ninguna ambición, como no fuera la suya. Fingió no comprender y trató de persistir en una neutralidad que ya no era posible. Entre el Elíseo y el cuartel general de las Tullerías las relaciones se entibaron. Al discutirse la dotación, Changarnier se convirtió en abogado de la presidencia. Esta intervención, lejos de satisfacer, disgustó. El general era apreciado como auxiliar: como cómplice hubiera sido colmado de favores; como protector se le soportaba difícilmente. En esto, habiendo muerto Luis Felipe, el comandante en jefe del ejército de París hizo celebrar en la capilla de las Tullerías una misa por el monarca difunto, asistiendo á ella con su Estado mayor. Llegó la época de las revistas. Changarnier desaprobó las aclamaciones. Hemos visto cómo en el seno de la Comisión permanente se hizo el contradictor activo del ministro de la Guerra. Con aquellos actos sucesivos, con aquella actitud, venía á ser el *general del Parlamento*. Mientras conservase su mando, no había golpe de fuerza posible: si él partía, ningún temor era quimérico. La situación de Changarnier era la clave del conflicto promovido. ¿Sería mantenido al frente de las tropas? ¿Sería reemplazado? Presentábase que su destitución ó su mantenimiento marcaría la victoria ó el retroceso del Elíseo.

Aquella apreciación era fundada. Tanto que en uno de los consejos de ministros el general Hautpoul propuso partir en cuatro divisiones la primera división militar: de este modo, Changarnier no sería destituido, pero se quebrantaría su mando y á él se le obligaría á tomar el retiro. A la verdad, esta combinación, presentada de improviso, promovió en el gabinete objeciones tan vivas, que hubo que renunciar á ella; es más, el general Hautpoul, autor del proyecto, presentó su dimisión y fué nombrado gobernador general de Argelia: el general Schramm, veterano de las guerras imperiales, le reemplazó, y el 26 de octubre, en una orden del día muy tranquilizadora, protestó de «su respeto á nuestras instituciones no menos que de su fidelidad al jefe del Estado (4).» Sin embargo, á falta de la victoria completa que esperaba, el Elíseo quiso una semi-satisfacción. Aún no se atrevieron con Changarnier, pero se le amenazó indirectamente quitándole al general Neumayer, su principal teniente, que mandaba bajo sus órdenes directas la primera división militar.

Considerando las cosas en sí, semejante acto no tenía nada de alarmante. El ministro de la Guerra hacía uso de su derecho estricto. Además, el general Neumayer

(3) Carta del general Changarnier, 10 de mayo de 1852 (*Indépendance belge*, número del 14 de mayo de 1852).

(4) *Monitor* de 1850, pág. 3.155.

obtenía en cambio el mando superior de las circunscripciones militares de Nantes y de Rennes. Pero en la intrincada situación aquella, la menor cosa tenía su alcance. Los comentarios no tardaron en circular. «Se quitaba al general en jefe su principal auxiliar: no tardarían sin duda en atreverse con él.» Si el público hubiese conocido el verdadero motivo de la medida, ésta no hubiera disipado las inquietudes. El día antes de la revista de Satory, el general Neumayer, interrogado por el coronel del 15.º de línea sobre la actitud que había que adoptar, había juzgado que las tropas sobre las armas debían abstenerse de aclamaciones: tal era el origen de su destitución disimulada bajo las apariencias de un favor; destitución que no pudieron conjurar las gestiones practicadas por el general en jefe cerca del ministerio y cerca del presidente de la República.

La decisión ministerial fué conocida el 29 de octubre. Aquella misma tarde, varios miembros de la Comisión permanente se encontraron en el Palacio Borbón y, después de cambiar impresiones, pidieron que la Comisión se reuniese el día siguiente. Abrióse la sesión bajo el imperio de una ansiedad bastante viva. Era indudable que el presidente quería minar poco a poco la autoridad de Changarnier y, una vez derribado éste, atentar contra la representación nacional. La Comisión estaba de acuerdo en pensar que, si se destituyó al general en jefe por decreto ministerial, era preciso que ella lo mantuviese en su mando y convocase con urgencia a la Asamblea. En esto, un informe del comisario de policía agregado al Palacio Borbón vino a aumentar los temores. A juzgar por aquel informe, la *Sociedad del Diez de Diciembre* había hecho pasar aviso el día antes a sus jefes de sección para que estuviesen prevenidos: la junta directiva de dicha sociedad se hallaba reunida en sesión permanente en el número 9 de la calle Geoffroy-Marie, y otra asociación, análoga a la del Diez de Diciembre, se reunía en casa de un tal Picot, en la calle del Faubourg-Montmartre. En todos aquellos conciliábulos se proferían frases injuriosas contra los representantes, y los afiliados se preparaban para la acción. Aunque tales informes eran presentados con una peligrosa afectación de celo, la Comisión no se atrevió a hacer caso omiso de ellos, y acumulando todos aquellos motivos de alarma, llamó a los ministros del Interior y de la Guerra. Sólo acudió Baroche. Este era el garante habitual de la lealtad del presidente; no perdonó medio de persuasión. Calificó de exagerados (y con razón) los recientes informes de la policía. Dió a entender que la Sociedad del Diez de Diciembre sería disuelta, si la instrucción judicial abierta con motivo de los disturbios de la estación del Havre demostraba el carácter político de dicha asociación. Aseguró que la casa de Picot sería vigilada. Sobre los motivos de la destitución del general Neumayer no quiso explicarse: en cambio, afirmó solemnemente que la legalidad sería respetada, y lo hizo con aquella vehemencia de protesta que le era habitual. La Comisión se dejó persuadir otra vez, renunció a convocar al Parlamento y se contentó con una declaración consignada en un acta no destinada a la publicidad. *Telum imbellis sine ictu!*

El general Changarnier se mostró menos acomodaticio, y no se contentó con aquellas medidas que no alcanzaban a nadie. De pronto había afectado desdeñar

los malos procedimientos del Elíseo: había afirmado, no sin alguna complacencia para su propia persona, que su autoridad no había sufrido menoscabo: había añadido que semejantes triquiñuelas en nada cambiaban sus sentimientos, que seguiría siendo el soldado de la ley y nada más que de la ley. Aquella indiferencia era más fingida que sincera. Tres días después, el 2 de noviembre, el general en jefe tomó la revancha. En una orden del día a las tropas, les recordó que, sobre las armas, los reglamentos militares prohibían las aclamaciones. Era su contestación a la destitución del general Neumayer. Changarnier, después de todo, estaba menos asustado de lo que parecía de las complicaciones que se preparaban. No le disgustaba ver todos los ojos puestos en él. En aquella época, hablando con Odilón Barrot, que, al rumor de una crisis inminente, había regresado de su retiro de Mortefontaine, le decía: «Entre Luis Napoleón y yo, se trata de ver quien empezará la lucha.» Changarnier era demasiado leal y sobre todo demasiado previsora para provocarla. Pero si algún día había de estallar, no la temía: confiaba en el buen sentido del ejército: estaba seguro de la lealtad del prefecto de policía, Sr. Carlier: en su optimismo, hasta contaba con la energía de Dupin (1). En tales disposiciones esperaba vigilante, recibiendo homenajes de los partidos sin entregarse aún enteramente a ninguno, y abandonándose a su suerte que tan bien le había servido hasta entonces.

En aquel duelo entre los dos poderes, la Comisión permanente había sostenido hasta aquel momento, si no con mucha eficacia, al menos con una moderación muy digna, los derechos del Parlamento. Sobrevino un extraño incidente que le valió un descrédito inmerecido y que fué ruidosamente explotado por la prensa bonapartista. Este incidente no merecería ser sacado del olvido si no hubiese proporcionado a las pasiones ya exaltadas un pábulo más.

Había entonces en París uno de esos hombres enemigos del trabajo, envilecidos y necesitados, que piden su subsistencia a bajas intrigas. Se llamaba Allais. Allais había vivido mucho tiempo en Ruán, donde estuvo comprometido en la insurrección del mes de abril de 1848; después de haber sido preso y puesto luego en libertad, ofreció al partido del orden su sospechoso concurso. Admitido en la policía ruanesa y dejado cesante poco tiempo después a causa de numerosas falsedades, se trasladó a la capital. Solo y sin recursos en París, conoció todos los extremos de la miseria. Había sido colocado en la prefectura de policía, para ser destituido en seguida. Sin embargo, en virtud de una recomendación demasiado benévola, el Sr. Yon, comisario encargado especialmente de la custodia de la Asamblea, había consentido, a fines de 1849, en agregarlo al número de sus agentes secretos.

Yon tenía más ardor que mesura. Compartía, exagerándolas, todas las desconfianzas del Parlamento. Pretendía tener informes particulares, no depender más que de la presidencia de la Asamblea, ser independiente de la prefectura de policía y del ministerio del Interior. Los viajes del presidente, las aclamaciones de Satory, los manejos de la Sociedad del Diez de Diciembre, los

(1) Barrot, *Mémoires*, tomo IV, págs. 60 y 61.

rumores públicos le habían inspirado inquietudes, y las manifestaba con extrema vivacidad, ya porque en ello fuese sincero, ya porque quisiese darse importancia. Para vigilar los manejos bonapartistas escogió a Allais. Es de suponer que le recomendó mucho celo; pero aquella recomendación era peligrosa, pues muchos agentes confundían el celo con la ampliación y la mentira. Por medio de una medalla de reconocimiento ó contraseña, Allais se introdujo en los conciliábulos de la *Sociedad del Quince de Agosto*, especie de derivación de la *Sociedad del Diez de Diciembre*. Yon no sospechaba que su subordinado, deseoso de un suplemento de recursos, dirigía, en aquella misma época, a Luis Napoleón las súplicas más exaltadas y recibía en cambio algunos recursos del Elíseo.

El 30 de octubre, Allais comunicó a su jefe el más extraño y el más inesperado de los informes. Decía que, la víspera, se había celebrado en casa de un Sr. Pichón, tendero de comestibles, de la calle de Saussayes, número 2, una reunión de veinticinco personas, pertenecientes a las sociedades bonapartistas y en el seno de la cual había conseguido penetrar. Allí habían hablado de los sucesos políticos; habían estado de acuerdo en que Dupin y Changarnier eran los principales obstáculos a la dictadura de Luis Napoleón y que, si éstos desaparecieran, el éxito era seguro. En el calor de las ideas, alguien había propuesto sortear al que se encargaría de desembarazar al país de *aquellos dos pillos*. Aceptada la proposición, la suerte había designado a un tal Picot para asesinar a Changarnier, y le había designado a él, Allais, para dar muerte a Dupin.

El relato era demasiado extraordinario para no inspirar sospechas. El comisario de policía del barrio de las Tullerías, prevenido del atentado contra Changarnier, presintió en seguida una mixtificación y se contentó con hacer espíar a Picot. Yon fué más crédulo; redactó un informe y lo comunicó a Dupin, que lo recibió sin darle crédito. El 7 de noviembre, varios individuos de la Comisión permanente dieron parte de la denuncia a sus colegas. Por extraño que fuese semejante complot, contenía tal precisión de detalles, que pareció temerario hacer caso omiso de él. Tres individuos de la Comisión fueron delegados cerca del ministro del Interior, con el objeto de provocar aclaraciones (1).

Una información administrativa llevada con inteligencia y celeridad hubiera comprobado aquellas revelaciones, y si, como era probable, se hallaban en presencia de un impostor, aquella desdichada cuestión hubiera sido sofocada. Desgraciadamente, el *Journal des Débats* debió a una indiscreción el conocimiento de los hechos que habían impresionado a la Comisión permanente, y, en su número de 8 de noviembre, reprodujo en substancia el informe de Allais. No es difícil adivinar lo que sucedió. La precisión de las revelaciones, el alto rango de los personajes amenazados, la acostumbrada gravedad del periódico que se hacía eco de aquellos rumores, todo hacía imposible la indiferencia. Pero pronto surgieron protestas de todas partes. El ministro del Interior acogió a los miembros de la Comisión permanente con una sorpresa irónica que no dejó de mortificarlos.

(1) *Actas de la Comisión permanente*; sesión de 7 de noviembre de 1850.

Ni el procurador de la República, ni el prefecto de policía habían recibido aviso (2). El presidente de la *Sociedad del Diez de Diciembre*, general Piat, desmintió con energía los proyectos culpables que se atribuían a los miembros de esta asociación (3). Lo extraño del aparato y hasta lo absurdo del crimen sorprendieron los ánimos. Que tendiesen a desembarazarse del general Changarnier, en rigor podía comprenderse: pero Dupin ¿era un personaje tan estoico que no se le pudiese vencer sin asesinarlo? El 9 de noviembre, Yon presentó su sumaria a la fiscalía é incoóse una instrucción judicial. Las imposibilidades y las inverosimilitudes se acumularon en seguida. Allais había citado en su escrito varias personas como habiendo asistido al conciliábulo de la calle de Saussayes: estas personas desmintieron al denunciador, y algunos de ellos establecieron una coartada. El tendero Pichón negó la reunión misma. El portero de la casa nada había oído. La tienda, inclusa la trastienda, no podía contener veinte personas. Buscóse a Allais y se le encontró oculto en una especie de chiribitil en el palacio de la Asamblea; fué transportado enfermo al hospital de la Caridad, donde hizo llamar al juez de Instrucción y se retractó de sus pretendidas revelaciones. Dijo que Yon le había encargado un informe en que *apretara* contra los bonapartistas, y él imaginó aquella conspiración fantástica.

¿A qué más detalles? La sala del consejo del tribunal del Sena sobreseyó la causa por lo que tocaba al complot: en cambio, Allais fué procesado por denuncia calumniosa. Ante la jurisdicción correccional se retractó de sus propias retractaciones, y, salvo algunos detalles, sostuvo otra vez la verdad de su informe. El desdichado espía fué condenado a un año de prisión (4).

Así terminó aquel asunto extraño, en que nunca ha llegado a verse claro del todo. La mayoría de las gentes creyó en una simple mixtificación. Muchos estimaron que las revelaciones, calumniosas en conjunto, eran sinceras en algunos puntos. Ciertas circunstancias llamaban la atención. Yon negóse hasta el fin a creer en una impostura, y el amor propio no bastaba a explicar semejante persistencia. A dar crédito a dos testimonios que a la verdad concuerdan poco (5), ofrecióse a Allais un pasaporte para el extranjero, por mediación del personal de la presidencia, como si tuviesen interés, no en confundirlo, sino en alejarlo. Durante la instrucción, Allais no sufrió prisión preventiva, y sin embargo, en el hospital de la Caridad, estuvo incomunicado, al extremo de que un representante del pueblo, que le conocía, no pudo hablarle. La verdad, hasta donde se la puede conjeturar en medio de ese dédalo de contradicciones, es que, en las sociedades bonapartistas, se agitaban entonces algunos hombres violentos, sin moralidad, sin escrúpulos: de ahí, en ciertos conciliábulos de dichas asociaciones, frases inconsideradas, y quién sabe si amenazas de muerte escapadas en la embriaguez ó

(2) Carta de M. Carlier, prefecto de policía (*Le Pouvoir*, número del 9 de noviembre de 1850).

(3) Carta del general Piat (*Le Pouvoir*, número del 10 de noviembre de 1850).

(4) Tribunal correccional del Sena, proceso Allais, audiencia de 24 y 26 de diciembre de 1850 (*Gazette des Tribunaux*, 25-27 diciembre 1850). Plaidoyers de M. Chaix-d'Est-Ange, tomo I, página 456.

(5) Declaraciones de la Raymond y Lebrugeal (*Proceso Allais*).

la cólera (1). Yon había recomendado mucho celo á su agente, y éste, vanidoso y embustero, excedióse á las recomendaciones de su jefe. Recogió algunas palabras imprudentes ó criminales, las transformó en un designio premeditado y las rodeó, en fin, de un aparato teatral, fruto de su imaginación perversa ó extraviada.

Aquella miserable intriga sólo era digna del desprecio público. El partido bonapartista echó mano de ella para explotarla, y por este lado pertenece á la historia. La prensa del Eliseo se burló grandemente de la credulidad de Yon, y, á través del hombre de confianza de la Asamblea, alcanzaba á la Comisión permanente y á la representación misma. Decían que era preciso que el espíritu de malevolencia fuese muy vivo en el Palacio Borbón para propagarse aun á los servidores más oscuros del Parlamento; y añadían irónicamente que, por fortuna, aquella hostilidad era tan torpe que fácilmente se la podía confundir. Después de las revistas de Satory, la propaganda de la *Sociedad del Diez de Diciembre* y la destitución del general Neumayer, era difícil negar las miras ambiciosas del presidente. El pretendido complot de la calle de Saussayes permitió distraer la opinión y convertir al príncipe y sus amigos en víctimas de la calumnia. Hizose de aquella conspiración tan oportuna el acontecimiento principal del interregno parlamentario. Tal fué el resultado de la *cuestión Yon-Allais*, como se llamó entonces al incidente que acabamos de referir.

VI

En aquel largo conflicto entre Luis Napoleón y la Asamblea pareció á veces que ambos enemigos se arrepentían de una lucha que tan cara costaba al país. Sucedió que por una y otra parte se depusieron las armas, quizá con la firme resolución de no volver á tomarlas. Sólo al cabo de muchas treguas, pero cada vez más precarias, consumóse la suprema separación.

Al mismo tiempo que el incidente Allais promovía en la prensa los más agrios debates, los miembros de la Asamblea volvían á ocupar su puesto en el Palacio Borbón. Y Luis Napoleón, en su mensaje del 12 de noviembre, ofreció á aquella Asamblea la solemne seguridad de su apego á la ley.

En una de las últimas sesiones de la Comisión permanente, Baroche había anunciado que, al reanudar sus sesiones el Parlamento, las declaraciones del príncipe disiparían todas las inquietudes. Ya no se daba mucho crédito á las afirmaciones de Baroche. Esta vez no le desmintieron los hechos.

Después de una exposición general del estado del país, el príncipe expresó en estos términos:

«... Francia quiere ante todo tranquilidad. Impresionada aún por los peligros que la sociedad ha corrido, permanece ajena á las querellas de los partidos ó de los hombres, tan mezquinas en presencia de los grandes intereses nacionales.

»Con frecuencia he declarado, cuando he tenido ocasión de manifestar públicamente mi pensamiento, que consideraba como grandes culpables á los que, por ambición personal, comprometían la poca estabilidad que

(1) Véase la declaración de Hardoin (*Proceso Allais*).

nos garantiza la Constitución. Esta es mi convicción profunda, que no ha vacilado jamás. Solamente los enemigos de la tranquilidad pública han podido desnaturalizar los más simples actos que nacen de mi situación.

»Como primer magistrado de la República, he tenido necesidad de ponerme en relación con el clero, la magistratura, los campesinos, los industriales, la administración y el ejército, y heme apresurado á aprovechar todas las ocasiones de demostrarles mi simpatía y mi gratitud por el concurso que me prestan; y sobre todo si mi nombre, como mis esfuerzos, ha contribuído á fortalecer el espíritu del ejército, *ejército de que yo solo dispongo*, según la Constitución, me atrevo á decir que creo haber prestado con esto un servicio al país, puesto que siempre he hecho redundar en provecho del orden mi influencia personal.

»La regla invariable de mi vida política será, en toda circunstancia, el cumplir con mi deber y nada más que con mi deber.

»A todo el mundo le está hoy permitido, excepto á mí, el querer adelantar la revisión de la Constitución. Ese deseo sólo se refiere al poder legislativo. En cuanto á mí, elegido del pueblo, como sólo dependo de él, me someteré siempre á su voluntad legalmente expresada.

»Ya sé que la incertidumbre del porvenir da origen á muchos temores y á muchas esperanzas: sepamos todos hacer al país el sacrificio de estas esperanzas, y no nos ocupemos más que de sus intereses. Si en esta legislatura votáis la revisión de la Constitución, vendrá una Constituyente á hacer nuestras leyes fundamentales y á regular la suerte del poder ejecutivo. Si no la votáis, el pueblo, en 1852, manifestará solemnemente su nueva voluntad. Pero sean cuales fueren las soluciones del porvenir, entendámonos, á fin de que nunca sean la pasión, la sorpresa ó la violencia las que decidan de la suerte de una gran nación. Inspíremos al pueblo el amor á la tranquilidad, deliberando con calma; inspirémosle la religión del derecho, no apartándonos nunca de este derecho mismo; y entonces, creedme, el progreso de las costumbres públicas compensará el peligro de unas instituciones creadas en días de desconfianzas y de incertidumbres.

»Lo que me preocupa sobre todo, estad bien persuadidos de ello, no es el saber quién gobernará á Francia en 1852; es emplear el tiempo de que dispongo, de manera que la transición, sea cual fuere, se realice sin agitación y sin disturbios.

»El fin más noble y más digno de un alma elevada no está en buscar, cuando se ocupa el poder, los expedientes de perpetuarse en él, sino en velar de continuo para consolidar, en bien de todos, los principios de autoridad y de moral, que desafían las pasiones de los hombres y la inestabilidad de las leyes.

»Os he abierto lealmente mi corazón; responderéis mi franqueza con vuestra confianza, á mis buenas intenciones con vuestro concurso, y Dios hará lo demás.»

Hemos querido reproducir íntegramente estas memorables palabras que parecían anunciar una era de paz. Sólo Dios sondea los corazones; pero este lenguaje tenía todas las apariencias de la lealtad. Hasta la prensa más hostil al Eliseo aplaudió el mensaje. Una sola frase evocaba el recuerdo de recientes querellas: la frase en que

Luis Napoleón hablaba del ejército *de que sólo él disponía*; pero los más maliciosos se atrevían apenas á hacer resaltar aquella ligera disonancia, de tal modo el conjunto de la declaración oficial era patriótico, cordial y conciliador.

Hubo entonces entre los dos poderes una especie de estímulo generoso á olvidar y enterrar todo lo que recordaba las antiguas disputas. Hacía cinco días que el ministro del Interior había disuelto la *Sociedad del Diez de Diciembre*. Como la extrema izquierda, á propósito de una elección parcial, atacase la ley de 31 de mayo, Baroche levantóse á defender la obra común del gabinete y del Parlamento (1). Por su parte, la Asamblea, á pesar del ruego de Anthony-Thouret, negóse á publicar las actas de la Comisión permanente y á despertar los incidentes de las vacaciones. El deseo de reformar la mayoría, de evitar en su seno toda nueva escisión, de apartar todo debate tumultuoso, hizo aplazar de nuevo la proposición Cretón, relativa á la abrogación de las leyes de proscripción. En esto, un grave incidente, nacido de la política exterior, hizo ver la previsión de la representación nacional. Las relaciones diplomáticas entre Prusia y Austria eran entonces tan tirantes que era de temer una guerra próxima. En aquel conflicto quizá inminente, la intención del gabinete francés era observar la neutralidad. Sin embargo, creyó conveniente llamar sobre las armas á cuarenta mil hombres de la quinta de 1849 y presentó al Parlamento una demanda de crédito para subvenir á los gastos de aquella leva. La comisión nombrada mostróse favorable al crédito, pero con dos condiciones: la primera consistía en que la diplomacia francesa no perdonaría consejo para mantener la paz, y la segunda, en que, si estallaba la lucha, consagraríamos todos nuestros esfuerzos á limitarla, á impedir sobre todo que de una cuestión puramente alemana surgiese una guerra general. El Sr. de Remusat, nombrado ponente, se hizo intérprete de estas miras patrióticas y sensatas en su dictamen. En el momento de votarse el crédito se supo que los ministros de Prusia y de Austria conferenciaban en Olmütz, y que su entrevista restablecería sin duda entre ambos países la armonía comprometida.

La Asamblea no se contentaba con dar á la nación aquellas pruebas de sensatez. Se la vió estudiar con más ardor las cuestiones económicas y de beneficencia, entregándose á un examen reposado y concienzudo de los intereses materiales y morales del país. Aquella solicitud no era nueva: bajo la bienhechora influencia del mensaje del 12 de noviembre se volvió más activa; pero no había esperado aquel impulso para despertar, y cuando los periódicos del Eliseo reprochaban al Parlamento su indiferencia por el bienestar popular, eran injustos hasta la calumnia. Aprovechemos esta corta tregua de los partidos, de esta especie de alto entre los combates que acaban de librarse y los que seguirán pronto; aprovechemos esta pasajera calma para decir brevemente lo que aquella Asamblea, en los intervalos de las tormentas, supo realizar en bien de los pobres, en pro del perfeccionamiento de nuestras instituciones civiles y en pro del fomento de la riqueza nacional.

Entre los representantes que el sufragio universal en

(1) *Monitor* de 1850, pág. 3286.

mayo de 1849 había llamado al Palacio Borbón, había muchos que, más celosos de sus obligaciones que de sus prerrogativas, tenían el noble deseo de que su paso por la administración fuese útil sobre todo para los desheredados de este mundo. Habían visto al pueblo, después del 24 de febrero, engañado por las doctrinas socialistas; le habían visto, en junio de 1848, desapiadadamente castigado. Les seducía la idea de substituir las ilusiones que pervierten con las verdades que mejoran y de suavizar las represiones necesarias con los multiplicados testimonios de una ingeniosa beneficencia. La Constitución de 1848 había trazado en su artículo 13, con una amplitud un poco fastuosa, los deberes de la República para con los niños, los menesterosos, los enfermos y los ancianos. Los hombres de bien de que hablamos no habían deseado aquella Constitución: pocos de ellos la habían votado. Pero, guiados por su patriótica solicitud, iluminados por la luz más alta de su conciencia cristiana, se creían obligados á pagar la deuda que otros habían contraído.

En el número de aquellos desinteresados amigos del pueblo distinguíase un hombre que, desde su juventud, había consagrado á Dios y á los pobres una inteligencia elevada y un alma que valía aún más: se llamaba Armando de Melún. Hacía poco que había sido, en el barrio Saint-Marceau, el auxiliar precioso de Sor Rosalía. La obra de los *Amigos de la infancia*, las *Obras de patronato* sobre todo, no habían tenido ningún protector más celoso que él. A fines de 1846 había creado la *Sociedad de economía caritativa*. Elegido para la Asamblea legislativa, no vió en este mandato más que una nueva ocasión de servir más eficazmente los intereses que le preocupaban: «Quisiera ser en la Cámara, escribió á raíz de su elección, el representante de los humildes y de los pequeños.»

Y cumplió su palabra. Apenas hubo entrado en el Parlamento, cuando pidió que se nombrara una comisión de treinta miembros, encargada de preparar las leyes relativas á la asistencia pública. Una proposición análoga fué presentada, el 6 de julio de 1849, en nombre del gobierno, por el ministro del Interior. La Asamblea acogió favorablemente dichos proyectos. La comisión nombrada fué digna de la grave misión que le incumbía. Contení en su seno tres de los jefes más eminentes de la mayoría: Thiers, Berryer y Montalembert; hombres familiarizados desde hacía mucho tiempo con las cuestiones de economía política y caritativa, tales como Bechard, Corne, Raudot, Carlos Dupin y Gustavo de Beaumont; un obispo, monseñor Parisís, y un pastor protestante, el Sr. Coquerel. Armando de Melún, lo mismo que su hermano, llamado Melún del Norte, era uno de los treinta miembros de la comisión, y si su modestia y su repugnancia á la palabra pública le alejaban de los papeles brillantes, su competencia y su abnegación hacían indispensable su concurso.

A decir verdad, aquellos personajes, casi todos recomendables por varios conceptos, no escaparon á una primera impresión que hubiera podido imposibilitar su obra. La extensión de su tarea les asustó algo, y parece que las mociones que les fueron presentadas encontraron al principio más desconfianza que simpatía. Thiers veía en todas partes la traza de las influencias socialistas y gastaba toda su elocuencia en objeciones.